

FILOSOFÍA DE LAS ANORMALÍAS

Por: Diego Fernando Parra Serna*

* Licenciado en Filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira y magíster en Estética y Creación de la misma Universidad. Trabaja como docente en el programa de filosofía en su alma máter.

RESUMEN

¿Qué hemos normalizado en nuestra sociedad por bastante tiempo y sin importar, que en esta época de peste parece incrementarse su evidencia? Los discursos habituales y manipuladores siguen sin permitir a nuestra sociedad repensarse, la retención de un obsoleto poder enfatizado en la beligerancia, el miedo y su necesidad, encubren la acumulación de riquezas en otrora públicas y ahora particulares. Simulacros de solidaridad, patriotismos y humanidad, tienen las reiteradas características generales de revestirse de paternalismos, caridad y favores y nunca de mandatos, obligaciones y empatía. Se apela a las costumbres, y sí, estamos acostumbrados a cuanta manipulación quieran ejercer desde diferentes frentes sobre esta masa amorfa denominada electores, televidentes, usuarios, públicos, consumidores o contribuyentes tributarios. La reflexión no solo intentará que nos pensemos desde nuestra actualidad y contexto, también pretenderá abordar placenteramente algunos apartados de Antonin Artaud, Albert Camus y otras vivaces referencias desde un entramado más grato a la humanidad: el arte.

Palabras clave: filosofía, pandemia, COVID-19, anormalidad, virus, política, arte, sociedad, contexto, *La peste*.

Hemos escuchado etimológica y maquinamente la composición de la palabra filosofía, proveniente del griego filos: amado, amigo, querido, y sofía: sabiduría, ciencia, conocimiento. Por lo tanto, se puede inferir que el filósofo, es ese perseguidor del conocimiento. Su actitud e insatisfacción hacen de su labor perseverante e inacabada. No presuntuosa ni ampulosa, a la altura de su tiempo y no a la de su ego. Tal vez, esta época de pandemia ha permitido dirigir algunas reflexiones consecuentes con las circunstancias que lo ameritan. No intentaré encajar, tal vez crear. Algunas creaciones parecen implicar placer y dolor...

Empezaremos jugando un poco con las palabras y preparando las siguientes:

los (griego iós) es veneno, dardo, virus, toxina (latín clásico) virus, ponzoña, pócima venenosa, pócima mágica (latín medieval) pus, secreción infecciosa (modernamente como agente contagioso, agente patógeno, actualmente virus informático) en todo caso: venenoso virulento, infeccioso.

Seguido entonces, losofía es un venenoso, ponzoñoso conocimiento. Por su puesto sería de gran utilidad a estos tiempos de anormalías... (compuesto de anormal: que accidentalmente se halla fuera de su natural estado o de las condiciones que le son inherentes, y **anomalía**: cambio o desviación respecto de lo que es normal, regular, natural o previsible) y entonces encontremos el porqué de ellas, una anomalía sucede cuando algo **anormal**, quiere ser pasado por **normal** y entonces sucede **anómalo** y **anormal** es decir anomalía, esa doble y extraña sensación que podemos encontrar en nuestro actual contexto. Por ejemplo, cuando en una pandemia debemos seguir un confinamiento de varios meses con sus respectivas privaciones y protocolos so pena del contagio, pero también nos incentivan un día a la solidaridad con la reactivación del comercio y como ciudadanos ávidos de los descuentos saltamos en estampida a esa simpática anomalía. Así podríamos recordar y remitirnos indefinida y múltiplemente a preciosos y remotos vestigios indicadores de estas anomalías, también soñaríamos que en un futuro no muy lejano no existan tantas. Así pues, las siguientes paginas pretenden acercar a una losofía de las anomalías.

¡Ganaremos la guerra! O ¡la batalla! Nos instan las instituciones y dirigentes por los diferentes medios de información y comunicación, frente a la crisis generada por la pandemia COVID-19 (enfermedad por coronavirus). Sin pretender actuar como epidemiólogo, o estrategia militar, ni más faltaba, pero se me ocurren algunas básicas inquietudes ¿por qué la disputa? ¿contra quién, es el conflicto? y ¿cuál sería el terreno para la contienda? Bien, la disputa sería por el mantenimiento de mi vida, de nues-

tras vidas, es decir, no solamente el ámbito íntimo, familiar y social sino el de nuestra actual sociedad por el que habría que enarbolar nuestros estandartes defensivos, en última instancia el “estado actual de cosas” o status quo. En nuestro caso este terruño macondiano desbordado por injusticia, inequidad, y si, rampante de “oportunismo y viveza” endógena, es decir, nuestra criolla corrupción, quienes han desfigurado histórica y constantemente el ser político, si, político = delincuente, es todavía más sinónimo por aquí, que en otras partes, por favor no nos escandalicemos, que ya nos han extirpado del cerebro la memoria, ni nos sonrojemos que esto esta naturalizado, habría que revisar el cúmulo de afirmaciones y justificaciones de nuestros intrépidos dirigentes pretendiendo “reducir la corrupción a sus justas proporciones” o “desmitificando la corrupción en Colombia” y ni que decir de nosotros los ciudadanos “Es que este roba menos...” ahora en plena crisis pandémica y sin algún asomo de humana vergüenza, reluce la mezquindad de gran número de nuestros políticos y dirigentes, mientras algunos parecen estar agazapados en la comodidad de sus estancias vacacionales, otros simulan ayudar a los más desfavorecidos y realizan sobrecostos en los auxilios representados en alimentos o desviando la captación de las ayudas en dinero, por ejemplo, destinado a pequeños y medianos agricultores y quedando en manos de grandes agroindustriales, solo por tomar uno de tantos casos.

Esto nos llevaría a un deseable cuestionarnos sobre la actitud aséptica y bélica que postulan que tengamos frente a la crisis, que no se debería extender en reafirmar y defender nuestra actual sociedad, de una peste peor que la COVID-19 como lo es la corrupción; solo llamados momentáneos, disfrazados de solidarios y amnesia de los problemas estructurales que han ocurrido, es justificar las acciones corruptas de nuestros dirigentes. El “enemigo” es un microorganismo denominado SARS-CoV-2 (coronavirus tipo 2 del síndrome respiratorio agudo grave), su origen es asiático y presuntamente zoonótico (paso de un huésped animal a uno humano) desde un mercado caracterizado por la venta de animales silvestres para consumo y entre ellos los murciélagos. Es paradójico que este pequeño animal cargue con tan disimiles sentidos, desde la manifestación del mal en la ambientación literaria de narraciones y cuentos lúgubres, a ingrediente occidental de un caldero de pócimas y aquelarres, al heroico comic del caballero de la noche, y ahora coprotagonista, de vuelta a un caldero, pero oriental, para preparación gastronómica. Entre temores, heroísmo y depredación, nos damos cuenta de los vaivenes de nuestra humana creación y estigmatización.

Este ínfimo virus tiene a la humanidad en crisis ralentizada, pero al planeta en respiro, nos ha puesto a repensar nuestras formas de relacionarnos en toda instancia y a todos, él nos hace huéspedes obligatorios transformándonos desde adentro, cambia

nuestro agitado respirar, es invisible, pero nos ha mostrado nuestro efecto febril sobre el planeta, en últimas nos ha hecho descubrir que él solo, tan pequeñito no es causante de esto, somos en mayor parte nosotros humanos, enemigos de lo extraño, de lo diferente, de lo extranjero, de lo que no comprendemos, de sí mismos, es decir, hemos potenciado, multiplicado los efectos de la pandemia, los investigadores mencionan que la pérdida de los ecosistemas por la extensión de las urbes, aumenta la exposición a virus desconocidos, el inusitado contacto entre especies y la masiva presencia y conexiones entre desplazamientos humanos, hacen una rápida propagación. Como menciona un diálogo entre el agente Smith y Morfeo, de un ya clásico film de ciencia ficción, Matrix. Nuestro comportamiento es similar al virus, multiplicándonos exponencialmente y destruyendo el medio. Entonces el control del enemigo debe empezar por una actitud de verdad inteligente y autocrítica, repensando nuestros hábitos para mejorar el hábitat.

El terreno para la contienda sucede en términos de nanómetros (millonésima parte de un milímetro) el SARS-CoV-2 mide entre 50 a 200 nanómetros de diámetro, se propaga a partir de las microgotas de *Flugge*, es decir átomos de saliva y mocos (que se producen al estornudar, toser, hablar o respirar), puede llegar a las membranas mucosas (ojos, nariz y boca), también puede permanecer adherido a superficies contaminadas (billetes, tela, papel, madera plástica, acero inoxidable, etc.) y nuestra piel (el contacto físico, los saludos, besos, abrazos y demás están proscritos), nuestras manos constituyen un factor de sumo riesgo, tocarnos a nosotros mismos, a los demás y nuestro entorno, puede contribuir en la proliferación del contagio. Ya dentro, en el organismo, se adhiere y confunde a nuestras células sutilmente, el huésped solitario se multiplica y transita por el sistema respiratorio, afectando nariz, garganta, bronquios y pulmones. Este virus nos convierte en su propio terreno de acción, abarca nuestra proxemia (espacio: íntimo, personal, social y público) y también otros cuerpos, remotos, humanos, otros seres. El entorno afectado es planetario y entonces el terreno pasa de nanómetros a centímetros, metros y kilómetros, es a su vez micro y macro... Los terrenos a revisar serían estas relaciones que hemos convertido en beligerantes con todo y con todos, localmente desde los múltiples e inadmisibles asesinatos y maltratos a mujeres, niñas y niños, pasando por los hechos inauditos de discriminación tolerados por una equivocada ciudadanía y liderazgo universal. El virus nos ronda en nuestra humana intimidad... Los estertores de nuestra civilización retumban por los continentes. A continuación, se muestran apartados de una reciente entrevista de un sencillo, pero coherente líder latinoamericano, el expresidente de Uruguay José Mujica:

La humanidad ha vivido cataclismos muy grandes y no necesariamente los cataclismos la hacen cambiar. En todo caso, hacen aprender a algunas minorías luchadoras y sembradoras que van intentado los cambios culturales, pero que no llegan por un acto mágico [...] No hay ninguna magia en esta pandemia que nos asegure que cuando pase somos menos egoístas de lo que somos hoy y que vamos a cambiar visceralmente [...] No cabe duda de que va a incidir en mucha gente que va a ir revolviendo la olla de nuestra civilización, sembrando cositas que probablemente pocos entiendan y acompañen al principio, pero que en el fondo son semillas del porvenir. (No hay ninguna magia, 2020)

IOSOFIAS entre la COVID-19, *La Peste* de Camus y *El teatro y la peste* de Artaud

ANORMALÍAS entre la ficción y la realidad

Cuando se ha leído sobre la peste, teniendo como única experiencia cercana los resfriados propios de las lluvias invernales, no se podría imaginar que años después una “relectura” no sería una relectura, bajo las actuales condiciones, es decir la peste novela y la pandemia COVID-19, inevitablemente se entrecruzan. Albert Camus escribe *La peste* en 1947, ubicando su relato en la localidad argelina de Oran, y hoy todos de alguna forma afrontamos las vicisitudes de una inimaginable pandemia. En el relato sus protagonistas también descreían del hecho...

Las plagas, en efecto, son una cosa común, pero es difícil creer en las plagas cuando las ve uno caer sobre su cabeza. Ha habido en el mundo tantas pestes como guerras y, sin embargo, pestes y guerras toman las gentes siempre desprevenidas [...] Cuando estalla una guerra las gentes se dicen: “Esto no puede durar, es demasiado estúpido”. Y sin duda una guerra es evidentemente demasiado estúpida, pero eso no impide que dure. La estupidez insiste siempre, uno se daría cuenta de ello si uno no pensara siempre en sí mismo. Nuestros conciudadanos, a este respecto, eran como todo el mundo; pensaban en ellos mismos; dicho de otro modo, eran humanidad: no creían en las plagas. La plaga no está hecha a la medida del hombre, por lo tanto, el hombre se dice que la plaga es irreal, es un mal sueño que tiene que pasar. Pero no siempre pasa, y de mal sueño en mal sueño son los hombres los que pasan, y los humanistas en primer lugar, porque no han tomado precauciones. Nuestros conciudadanos no eran más culpables que otros, se olvidaban

de ser modestos, eso es todo, y pensaban que todavía todo era posible para ellos, lo cual daba por supuesto que las plagas eran imposibles. Continuaban haciendo negocios, planeando viajes y teniendo opiniones. ¿Cómo hubieran podido pensar en la peste que suprime el porvenir, los desplazamientos y las discusiones? Se creían libres y nadie será libre mientras haya plagas. (Camus, 2020, pp. 36-37)

.. y su extensión en el tiempo. Una percepción del tiempo a veces desdibujada, como los relojes en la persistencia de la memoria en la pintura de Dalí.

Al fin había siempre un momento en que nos dábamos cuenta de que los trenes no llegaban. Entonces comprendíamos que nuestra separación tenía que durar y que no nos quedaba más remedio que reconciliarnos con el tiempo. Entonces aceptábamos nuestra condición de prisioneros, quedábamos reducidos a nuestro pasado, y si algunos tenían la tentación de vivir en el futuro, tenían que renunciar muy pronto, al menos, en la medida de lo posible, sufriendo finalmente las heridas que la imaginación inflige a los que se confían a ella [...] Impacientados por el presente, enemigos del pasado y privados del porvenir, éramos semejantes a aquellos que la justicia o el odio de los hombres tienen entre rejas. Al fin, el único medio de escapar a este insoportable vagar, era hacer marchar los trenes con la imaginación y llenar las horas con las vibraciones de un timbre que, sin embargo, permanecía obstinadamente silencioso. (Camus, 2020, pp. 63-64)

¿Nos hemos adaptado? La contingencia nos ha llevado a medidas de confinamiento, aislamiento, distanciamiento, de no contacto físico, de turnos para salir con los últimos dígitos de nuestras identificaciones, de filas para adquirir víveres, toques de queda; y, a diferencia de la peste novela, la tecnología (desigualmente para los que pueden acceder a ella o su condición socio económica los obliga a un más agobiante cese o a dinámicas que los exponen al afuera de la pandemia y su control), trabajo, estudio, actividades y charlas como la presente nos hacen “vivir”, “pensar” en condiciones de anormalía. Los tránsitos se realizan entre la pantalla del computador o los dispositivos y el dormitorio, que en ocasiones se encuentran en la misma estancia. En el texto del escritor francés, la monotonía se convierte lentamente en agobiante desesperanza:

Así, la enfermedad, que aparentemente había forzado a los habitantes a una solidaridad de sitiados, rompía al mismo tiempo las asociacio-

nes tradicionales, devolviendo a los individuos a su soledad. Esto era desconcertante. [...] Desde este punto de vista, todos llegaron a vivir la ley de la peste, más eficaz cuanto más mediocre. Ni uno entre nosotros tenía grandes sentimientos. Pero todos experimentaban sentimientos monótonos. “ya es hora de que esto termine”, decían, porque en tiempo de peste es normal buscar el fin del sufrimiento colectivo y porque, de hecho, deseaban que terminase. [...] Sin memoria y sin esperanza, vivían instalados en el presente. A decir verdad, todo se volvía presente. La peste había quitado a todos la posibilidad de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había ya más que instantes. [...] Nuestro amor estaba siempre ahí, sin duda, pero sencillamente no era utilizable, era pesado de llevar, inerte en el fondo de nosotros mismos, estéril como el crimen o la condenación. No era más que una paciencia sin porvenir y una esperanza obstinada. Y desde este punto de vista, la actitud de algunos de nuestros conciudadanos era como esas largas colas en los cuatro extremos de la ciudad, a la puerta de los almacenes de productos alimenticios. Era la misma resignación y la misma longanimidad a la vez ilimitada y sin ilusiones. Había solamente que llevar este sentimiento a una escala mil veces mayor en lo que concierne a la separación, porque en ese caso se trataba de otra hambre y que podía devorarlo todo. (Camus, 2020, pp. 143-152, 153-155)

Los personajes encuentran pensamientos y auténticos gestos que pasan de la individualidad de las acciones al conjunto o colectivo pestífero, que, a pesar de las inexorables y repetidas derrotas ante la peste, su consigna será arrebatarse a alguno de los contagiados bajo una empatía inquebrantable por sus conciudadanos. Sus consecuentes disquisiciones y acciones, su dignidad, tienen eco hasta entre sus habitantes forzosamente encallados tras las puertas clausuradas de la ciudad, como se puede apreciar notablemente en el siguiente diálogo y apartados:

—Usted cree, sin embargo, como Paneloux, que la peste tiene alguna acción benéfica, ¡que abre los ojos, que hace pensar!

—Como todas las enfermedades de este mundo. Pero lo que es verdadero de todos los males de este mundo lo es también de la peste. Esto puede engrandecer a algunos. Sin embargo, cuando se ve la miseria y el sufrimiento que acarrea, hay que ser ciego o cobarde para resignarse a la peste.

El mal que existe en el mundo proviene casi siempre de la ignorancia, y la buena voluntad sin clarividencia puede ocasionar tantos desastres como la maldad [...] Esos equipos ayudaron a nuestros conciudadanos a entrar en la peste más a fondo y los persuadieron en parte de que, puesto que la enfermedad estaba allí, había que hacer lo necesario para luchar contra ella. Al convertirse la peste en el deber de unos cuantos se la llegó a ver realmente como lo que era, esto es, cosa de todos. [...] Toda la cuestión estaba en impedir que el mayor número posible de hombres muriese y conociese la separación definitiva. Para esto no había más que un solo medio: combatir la peste. Esta verdad no era admirable: era solo consecuente. (Camus, 2020, pp. 107-112, 113-114)

Finalmente, cierta esperanza en un cambio de actitudes ante el reconocimiento de sus propios miedos, y bajo la égida de la memoria, la perseverancia y obstinación, resultan en un colectivo simpático, que le roba a la peste, pequeños momentos de disfrute, respeto y comprensión en el silencio del otro a su lado, sencillos gestos, desprovistos de alguna pretensión heroica. Dos frases contundentes y entre ellas otro expresivo diálogo hacia el cierre del escrito de Camus.

No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre.

—Admitámoslo —dijo Cottard—, admitámoslo, pero ¿a qué llama usted la vuelta a una vida normal?

—A nuevas películas en el cine —dijo Tarrou, sonriendo.

Pero Cottard no sonreía. Quería saber si podía esperar que la peste no cambiase nada en la ciudad y que todo recomenzase como antes, es decir, como si no hubiera pasado nada. Tarrou creía que la peste cambiaría y no cambiaría la ciudad, que, sin duda, el más firme deseo de nuestros ciudadanos era y sería siempre el de hacer como si no hubiera cambiado nada, y que, por lo tanto, nada cambiaría en un sentido, pero, en otro, no todo se puede olvidar, ni aun teniendo la voluntad necesaria, y la peste dejaría huellas, por lo menos en los corazones.

Todo lo que el hombre puede ganar al juego de la peste y de la vida es el conocimiento y el recuerdo. (Camus, 2020, pp. 212, 230, 240)

Los paralelos que surgen entre una realidad “anormal” en pandemia y una novela “ficción” en la peste, además de los contextos cronológicos, espaciales y sus particularidades, pueden suscitar que se estrechen o bifurquen en variedad de sentidos o resuman en algo obvio y extraño: humanidad. En las siguientes letras de Artaud, se podrá destacar las fuerzas provocadoras del teatro y la peste, develando, desatando o haciendo caer la hipocresía de ese contexto y que, tal vez, hoy sea más acrecentada y, como lo notamos en anteriores páginas, desbordada en corrupción. Artaud y Camus compartieron nacionalidad y época, cada uno en su estilo nos acerca también a esa sociedad que vivieron y que hoy también vemos, y nos remonta a la tragedia griega y a todas las manifestaciones de todas las latitudes que hacen que nos cuestionemos.

Por eso todos los grandes mitos son oscuros, y es imposible imaginar, excepto en una atmósfera de matanza, de tortura, de sangre derramada, esas fábulas magníficas que relatan a la multitud la primera división sexual y la primera matanza de esencias que aparecieron en la creación. El teatro, como la peste, ha sido creado a imagen de esa matanza, de esa separación esencial. Desata conflictos, libera fuerzas, desencadena posibilidades, y si esas posibilidades y esas fuerzas son oscuras no son la peste o el teatro los culpables, sino la vida.

No vemos que la vida, tal como es y tal como la han hecho, ofrezca demasiados motivos de exaltación. Parece como si por medio de la peste se vaciara colectivamente un gigantesco absceso, tanto moral como social; y que, el teatro, como la peste, hubiese sido creado para drenar colectivamente esos abscesos. [...] El teatro, como la peste, es una crisis que se resuelve en la muerte o la curación. Y la peste es un mal superior porque es una crisis total, que solo termina con la muerte o una purificación extrema. Asimismo, el teatro es un mal, pues es el equilibrio supremo que no se alcanza sin destrucción. Invita al espíritu a un delirio que exalta sus energías; puede advertirse en fin que desde un punto de vista humano la acción del teatro, como la de la peste, es beneficiosa, pues al impulsar a los hombres a que se vean tal como son, hace caer la máscara, descubre la mentira, la debilidad, la bajeza, la hipocresía del mundo, sacude la inercia asfixiante de la materia que invade hasta los testimonios más claros de los sentidos; y revelando a las comunidades su oscuro poder, su fuerza oculta, las invita a tomar, frente al destino una actitud heroica y superior, que nunca hubieran alcanzado de otra manera. (Artaud, 1992, pp. 33-34)

El poder de lo que a veces despreciamos o subestimamos como ficción ha permeado en la humanidad, quizá mucho antes de consignarlo entre las cavernas o estar reunidos alrededor del fuego. Quizá la construcción de esa ficción ha reconfortado y ayudado a configurar también realidad.

El tiempo también dirá si nosotros humanos de esta época de pandemia COVID-19 provocamos algún usufructo de la situación, si nuestro talante nos da al menos para la introspección.

.....

¿Nos hemos adaptado? La contingencia nos ha llevado a medidas de confinamiento, aislamiento, distanciamiento, de no contacto físico, de turnos para salir con los últimos dígitos de nuestras identificaciones, de filas para adquirir víveres, toques de queda; y, a diferencia de la peste novela, la tecnología (desigualmente para los que pueden acceder a ella o su condición socio económica los obliga a un más agobiante cese o a dinámicas que los exponen al afuera de la pandemia y su control), trabajo, estudio, actividades y charlas como la presente nos hacen “vivir”, “pensar” en condiciones de anormalía.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Artaud, A. (1992). *El teatro y su doble*. Hermes.

Camus, A. (2020). *La Peste*. Penguin Random House.

No hay ninguna magia que nos asegure que cuando pase la pandemia seremos menos egoístas: Pepe Mujica. (2020, junio 16). *Noticias Caracol*. <https://noticias.caracoltv.com/mundo/no-hay-ninguna-magia-que-nos-asegure-que-hayando-pase-la-pandemia-seremos-menos-egoistas-pepe-mujica>